

marchando siempre sobre nuestra izquierda. Nuevamente atacó la división de Maisón al enemigo con el mayor empuje. Animadas las tropas por la presencia de Napoleón, manifestaban dondequiera ardor extremado. El enemigo quiso defenderse, pero rebasándole Lauristón con el resto de su cuerpo, mientras Macdonald le amenazaba por el centro, se le obligó á abandonar la escasa corriente detrás de la cual se había refugiado y á repasar el Katzbach para ir á tomar posición en Goldberg. Sus pérdidas fueron este día de bastante monta.

A pesar de la resistencia que Blücher trataba de oponernos y á pesar de sus cien mil hombres, se veía á las claras que no se le había puesto en aptitud de hacer cara á Napoleón, y que la acción principal no sería por este lado. Con efecto, aquella misma noche recibió Napoleón del mariscal Saint Cyr un correo, que después de andar cuarenta leguas para darle alcance, le anunciaba el ataque de masas numerosas, y que evidentemente el grande ejército coligado de Bohemia desembocaba por Peterswalde á espaldas de Dresde, ya pensara en tomar esta ciudad, ya abrigara la idea de trasladarse á Leipsick, para ejecutar la audaz tentativa de situarse entre el Rhin y los franceses. Así se realizaba una de las dos hipótesis previstas por Napoleón y la más apetecible, pues todo estaba preparado esmeradamente para contrariarla. Napoleón no experimentó ni aflicción ni sorpresa, si bien tuvo de resultas de la noticia una razón apremiante para acelerar sus movimientos. Aquella misma noche detuvo á su guardia, que estaba todavía en marcha y que no había pasado de Lowenberg por fortuna, á fin de que después de un breve descanso se pusiera en camino y pudiera estar de vuelta en Dresde á los cuatro días, esto es, el 26 de agosto. Habiéndose visto el cuerpo del mariscal Marmont menos comprometido, se hallaba también menos fatigado, y sin perder instante retrocedió camino para bajar con la guardia. Además despachó Napoleón gran parte de la reserva de caballería, y por último escribió al general Vandamme y al mariscal Víctor para que uno y otro se replugaran sobre el Elba, dejando en las gargantas de Zittau al príncipe Poniatowski. De este modo se debían hallar bajo los muros de Dresde en el espacio de cuatro días ciento ochenta mil hombres y lo menos ochenta mil en los dos primeros. De consiguiente no había que experimentar ninguna zozobra.

Después de expedir estas órdenes el 22 por la noche, quiso Napoleón que el 23 por la mañana los cuerpos de Lauristón, de Macdonald y de Ney, que con la caballería del general Sebastiani formaban una masa de ochenta mil hombres por lo menos, empujasen una vez más al enemigo hacia adelante y le repeliesen á larga distancia del Katzbach. Al despuntar el día se desplegaron á lo largo de este río el cuerpo de Lauristón á la derecha, el de Macdonald en el centro, la caballería de Latour-Maubourg á la izquierda, ínterin tres leguas más abajo se trasladaba Ney á Liegnitz con su cuerpo y la caballería de Sebastiani. Blücher había colocado las tropas rusas de Langerón y las tropas prusianas de York detrás del Katzbach y sobre las alturas de Wolfsberg. La división de Girard atacó las márgenes del río hacia Niederau, y tuvo una vivísima refriega con la división prusiana del príncipe Mecklenburgo. Después de des-

montar el general Girard la artillería del enemigo y de quebrantar su infantería á cañonazos, acometiolo de pronto á la bayoneta.

Destrozados y acorralados sobre el Katzbach los prusianos, se cubrieron con su caballería, que muy luego fué rechazada por la del general Latour-Maubourg, y al cabo repusaron el Katzbach, yendo el general Girard detrás de ellos. Habiendo operado sobre la derecha el general Lauristón el paso hacia Seifnau, asaltó las alturas de Wolfsberg, las tomó tres veces á los rusos y las volvió á perder otras tantas. Pero el regimiento 135 de la división de Rochambeau se hizo dueño de ellas por un poster esfuerzo, y la acción quedó decidida en nuestro favor desde entonces. Viéndose Blücher rebasado al mismo tiempo á distancia de dos ó tres leguas sobre su derecha por el movimiento del mariscal Ney sobre Liegnitz, se replegó hacia Jauer á toda prisa.

Esta inútil violación del derecho de gentes costó cerca de ocho mil hombres al general prusiano y á nosotros la mitad á lo sumo. Por desgracia no quebrantó la moral de un enemigo que lidiaba con el encarnizamiento de la desesperación. Napoleón, que había experimentado el inconveniente de dejar muchos mariscales juntos cuando no los dominaba su presencia y que preveía rudas batallas para las cuales convenía traer al mariscal Ney bajo su mano, resolvió traerle consigo y confiar al general Souham el tercer cuerpo. Así sobre aquel punto no iban á quedar más que un mariscal y dos tenientes generales. El mariscal era Macdonald, jefe del cuerpo 11.º, y los generales Lauristón y Souham, jefes de los cuerpos 5.º y 8.º Al conferir Napoleón el mando superior á Macdonald, dióle por instrucción que tuviera sus tropas ligeras en observación entre el Bóber y el Katzbach, al par que acampara con el grueso de sus fuerzas detrás del primero de estos dos ríos, entre Lowenberg y Buntzlau, y que estableciera puestos de correspondencia, á la derecha en las montañas de Bohemia, á la izquierda en las llanuras de Lusacia, á fin de estar informado constantemente de los movimientos más leves del enemigo. Su encargo principal consistía ante todo en defender el Bóber contra Blücher, y después de interceptar los caminos que van de Bohemia á Prusia, á fin de impedir los destacamentos que pudiera enviar el enemigo hacia Berlín contra el cuerpo del mariscal Oudinot. Siempre ocupado, según se ve, en la marcha de este mariscal sobre la capital de Prusia, para la cual ya había extendido demasiado el círculo de sus operaciones, proseguía Napoleón dedicando sacrificios sensibles á este objeto, porque dejaba á Macdonald á cuarenta leguas de Dresde y aunque desembarazado del enemigo en este instante, podía ser atacado de nuevo con mayor empuje y correr grandes peligros mientras se acudiera en su socorro.

Tomadas estas disposiciones, y habiendo visto Napoleón á Blücher en retirada sobre Jauer, partió para Gorlitz á eso de mediodía, ínterin la guardia, el cuerpo de Marmont y la caballería de Latour-Maubourg marchaban al mismo punto al paso de las tropas. A medida que se aproximaban allí se multiplicaban las noticias y le pintaban por extremo conmovida la ciudad de Dresde. El rey de Sajonia, la población y hasta los mismos generales destinados á la defensa de este puesto importante se manifestaban asombrados de la inmensa masa

de enemigos, que descendían á espaldas de esta capital de las montañas y procedentes de Bohemia. Unánimes estaban las relaciones en decir que las cumbres que rodean á Dresde á la margen izquierda del Elba se hallaban cubiertas de soldados de todas las naciones. Allí se veía asomar en la cima de los montes la lanza de los cosacos, tan temida por los habitantes pacíficos.

Efectivamente, el grande ejército de la coalición, el que compuesto de prusianos, de rusos y de austriacos, en número de doscientos cincuenta mil hombres, se debía aprovechar de la Bohemia para coger la vuelta á la posición del Elba, había ejecutado el plan acordado en Trachenberg, y después de operar su concentración entre Tetschen y Commotau, acababa de desembocar en Sajonia por todos los desfiladeros del *Herz Gebirge*. Habían marchado en cuatro columnas formadas según el sitio ocupado por las tropas. Los rusos procedentes del fondo de Bohemia, puesto que partían de Silesia, no pudieron pasar el Elba y tomaron la calzada de Peterswalde, que sigue á lo largo del campo de Pirna y baja hacia Dresde sin que desde ella se pierda de vista el río citado. Marchando el cuerpo prusiano de Kleist delante de los rusos, fué por el camino de algo más á la izquierda (la izquierda de los coligados al desembocar en Sajonia), que era menos expedito, si bien todavía muy practicable, y pasaba por Töplitz, Zinnwald, Altenberg y Dippoldiswalde. Los austriacos, más avanzados como que partían de su casa, tomaron la calzada de Commotau á Marienberg y Chemnitz, que se halla á la izquierda de los anteriores y sobre el camino real de Praga á Leipsick. Por Carlsbad y Zwickau debían caer sobre este punto las tropas austriacas recién levantadas, componiendo á las órdenes del general Klenau la cuarta columna.

Pero no bien emprendida la marcha, modificóse el plan acordado en Trachenberg por los coligados, á causa de la inestabilidad de los consejos militares de la coalición, donde nadie mandaba por no ser nadie completamente capaz de hacerlo. Sin duda se había conferido el mando nominal al príncipe de Schwartzberg para lisonjear al Austria, pero en el fondo sentía el emperador Alejandro no haberlo tomado en persona, y aun hubiera querido hacerlo al fin suyo, especialmente desde la llegada á su campo del general Moreau y del general Jomini, con cuyo auxilio creía poder dirigir los asuntos de la coalición gloriosamente.

Vuelto el general Moreau de América, según hemos dicho, al cundir la noticia del desastre de Napoleón en Rusia, sin otro objeto que la vaga esperanza de volver á pisar el suelo nativo por vías honrosas, formó un proyecto que no carecía de eventualidades de éxito venturoso. Habiendo sabido que el emperador Alejandro tenía más de cien mil prisioneros franceses, todos exasperados contra el autor de la expedición á Moscou, discurrió que bien se podrían armar cuarenta ó cincuenta mil de ellos para trasladarlos por medio de la marina inglesa á la Picardía, y respondía de derrocar el trono imperial marchando sobre París á su cabeza, con tal de que los soberanos aliados le proveyesen de un tratado de paz en que dejando á la Francia libre para elegir un gobierno, se le concedieran los Alpes y el Rhin como sus límites naturales. Amante Moreau de la libertad, odiando el gobierno despótico que pesaba á la sazón

sobre Francia, creyéndose superior á los lugartenientes de Napoleón, presumía que los atropellaría á todos presentándose á la cabeza de soldados franceses, anunciando una paz honrosa, una libertad prudente y el término de la espantosa carnicería, á la cual obligaba Napoleón á Europa con su ambición desapoderada. Sin vínculos con los Borbones, no inclinándose á ellos de ningún modo, admitía no obstante que se procurara conciliar á esta familia con la revolución francesa, y que se le llamara para establecer un gobierno sólido y liberal al mismo tiempo y que pusiera fin á los largos disturbios de Francia (1). Con estas ideas había llegado á Estokolmo, y su antiguo camarada Bernadotte le envió al cuartel general, aparentando dar oídos á sus escrúpulos al par que enconando sus odios, y prometiendo que hallaría satisfacción á todos sus deseos al lado del emperador Alejandro. Éste recibió al general proscrito con imponderables honores, tratóle como amigo y sosegó sus escrúpulos afirmándole que no se miraba de mal ojo ni á la Francia ni á su grandeza; que la coalición se hallaba pronta á que siguieran prevaleciendo las excelentes condiciones del tratado de Luneville; que no se pensaba en imponerle ninguna forma de gobierno, y que por el contrario, se apresurarían todos á reconocer el que eligiera por sí propia, aun cuando fuese la república. Desechando como impracticable el proyecto de armar á los prisioneros franceses, por una pendiente insensible, de la cual fueron esmeradamente segregadas todas las apariencias criminales, indujo al infortunado Moreau á la resolución lastimosa, no de servir contra Francia, sino de permanecer al lado de los soberanos que la hacían la guerra, diferencia que podía sugerirle una ilusión, que no lo era en suma, pues no había modo de que residiera á su lado durante esta cruel guerra, sin que los ilustrara á lo menos con sus consejos.

Para llevar esta seducción á remate, valióse Alejandro de su hermana, la gran duquesa Catalina, viuda del duque de Oldenburgo, princesa notable por el talento, el carácter y los atractivos exteriores, y tratando á ambos á Moreau como amigo le cegaron así y le aturdieron con las más hábiles lisonjas y le arrastraron definitivamente al camino donde iba á encontrar la más cruel muerte, la que se debía llevar con su vida, ya que no su gloria, al menos su inocencia. Desde que Alejandro tenía á Moreau á su lado, se lamentaba de no ejercer el mando general en persona. Le hubiera querido nombrar su jefe de estado mayor, para dirigir la guerra con su ayuda. Pero no era posible imponer el general Moreau al príncipe de Schwartzberg, ni como superior ni como subordinado, ni destinarle un papel que ni para él ni para los generales de la coalición fuese grato. Hallábase Moreau de esta suerte en el campo de los coligados bajo el título de amigo privado del emperador Alejandro, viviendo ora á su lado, ora al de la gran duquesa Catalina, establecida en Töplitz, no gustándole hacer figura

(1) Escribo estas páginas, no sobre conjeturas ni sobre interpretaciones de los amigos del general Moreau, sino á tenor de cartas suyas. Harto grave es la culpa del general Moreau para que se exagere, y es digno por sus eminentes servicios de otros días, por su antiguo desinterés, por su gloria, de que se reduzca á lo que fué verdaderamente el acto culpable que ha empañado una de las más hermosas vidas de los tiempos modernos. Las cartas que tengo en la mano, escritas con sencillez perfecta, establecen lo que refiero de una manera incontestable. (N. del A.)

en aquellos consejos militares, donde se hablaba tan á la larga y donde los asistentes se mostraban bulliciosos de un patriotismo que para él era un cargo, y tan llenos de ideas teóricas que no cuadraban á su genio práctico y sencillo, limitándose á dar directamente sus consejos al emperador Alejandro, logrando raras veces que prevaleciera entre el caos de los dictámenes contrarios, y ya cruelmente castigado de su culpa con la posición falsa, molesta, casi humillante, que tenía en medio de los enemigos de su patria.

El general Jomini, suizo de nacimiento, escritor militar de mérito superior y oficial de estado mayor en la práctica de la guerra, de un juicio tan seguro como elevado, ya en Ulm, ya en el Berezina, ya en Bautzen, prestó al ejército francés mal recompensados servicios. Especialmente en Bautzen, después de señalar al mariscal Ney el verdadero punto adonde convenía emprender la marcha, recibió un castigo en vez de un premio, á causa de los malos oficios del príncipe mayor general, cuyos sentimientos había herido á menudo. Vivo, irritable, habiendo querido muchas veces hacer dimisión de su cargo y entrar al servicio de Rusia, que se había apresurado á responder favorablemente á sus deseos, no se supo contener al experimentar la última ofensa que se acababa de inferirle, y durante el armisticio se pasó á los rusos, sin llevar, como se ha dicho, planes que ignoraba, sin faltar á su patria, puesto que era natural de Suiza, si bien incurriendo en el yerro de no sacrificar agravios aun fundados á una antigua confraternidad de armas, y preparándose así pesares que debían entristecer su vida. Alejandro, conocedor de su mérito, le hizo la más brillante acogida al verle á su lado. Allí hablaba sin rebozo, con el calor de un espíritu ardiente y poseído de convencimiento, desagradaba á los generales aliados con encomios á Napoleón y á los franceses á quienes casi sentía haber abandonado, y sin contemplaciones censuraba todos los proyectos militares que en Trachenberg se habían convenido. No le costó trabajo probar al emperador Alejandro que marchar sobre Leipsick era una insigne locura; que situarse sobre las comunicaciones del enemigo cuando se tenía la seguridad de no comprometer las propias y no se recelaba un encuentro decisivo, podía ser una excelente manera de maniobrar, pero que no era este el caso, porque en Leipsick se correría el riesgo de ser cortados de la Bohemia, se tendría á Napoleón á la cabeza de trescientos mil hombres siempre victoriosos hasta entonces, y si en esta posición se perdía una batalla, no tornarían ya los vencidos, estando ocupada por Napoleón la Bohemia y teniendo en sus terribles manos el Elba hasta Hamburgo. Consultado el general Moreau halló este dictamen perfectamente exacto y renuncióse á marchar sobre Leipsick de resultas.

En vez de apoyar á la izquierda determinóse apoyar á la derecha y acercarse á las márgenes del Elba. Las dos primeras columnas, una de las cuales había pasado por Peterswalde y otra por Zinnwald y Altersberg, caminaron muy cerca de Dresde, pero hubo necesidad de llevar la tercera por Marienberg y Sayda á Dippoldiswalde y la cuarta por Zwickau y Chemnitz á Tharandt. De este modo se trasladaron sobre Dresde, sin saber lo que harían allí á punto fijo; pero permaneciendo pegados de continuo á las montañas de Bohemia, tenían la

seguridad de conservar sus comunicaciones, de ser como una espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de Napoleón, y de poder en caso necesario, y si la ocasión se presentaba propicia, arrojarse sobre Dresde y tomarla, causando así el mayor daño posible á los franceses. Mientras se ejecutaba este movimiento transversal de izquierda á derecha, siguiendo la falda del Herz Gebirge, se supo la aparición de Napoleón en Bohemia, circunstancia que hizo temer su marcha sobre Praga, y puso más de manifiesto la conveniencia de retroceder camino hacia el Elba. Luego ya en Dippoldiswalde, conocióse la marcha de Napoleón sobre el Bóber y la situación peligrosa de Blücher. Este era el caso de intentar algo y de aprovecharse de la ausencia de Napoleón para descargar un gran golpe, para apoderarse, por ejemplo, de Dresde, lo cual aconsejaban los espíritus atrevidos y tenían los espíritus pusilánimes y harían depender los espíritus juiciosos como el de Moreau del estado en que se hallasen las defensas de esta ciudad.

De este modo el grande ejército de los coligados había llegado á desplegar sus masas imponentes en torno de la hermosa capital de Sajonia. Primero descubrióse la columna rusa de Wittgenstein, que bajando más cerca del Elba por Peterswalde, encontró al mariscal Saint-Cyr delante del campo de Pirna. Lo que se llama campo de Pirna consiste en una meseta bastante elevada, pegada al Elba, cortada casi por todas partes á pico, apoyada hacia la izquierda en el fuerte de Koenigstein y hacia la derecha en el castillo de Sonnenstein y en la ciudad de Pirna. Después de cruzar las montañas el camino real de Bohemia por Peterswalde se mete hacia Hollendorf en caminos hondos, luego vuelve á subir hacia Berg-Gieshübel á otra meseta más abajo de la de Pirna, pasa casi bajo su fuego, si bien á una distancia que hace el tránsito posible, de modo que la posición de Pirna, invencible por su esencia, no facilita el medio de obstruir absolutamente el camino de Peterswalde. Sólo si un ejército establecido en la posición ésta, además de tener un asilo seguro en el campo de Pirna, halla también allí un puesto desde donde puede molestar y aun detener, maniobrando con acierto, al enemigo, que aspira á seguir el camino de Peterswalde, ora para bajar á Sajonia, ora para volver á subir á Bohemia.

Después de ocupar el mariscal Saint-Cyr con su primera división los fuertes de Koenigstein y de Lilienstein, entre los cuales se había echado un puente sobre el Elba, situó su segunda división en el camino de Peterswalde, de modo de contener la marcha del enemigo y de poderse replegar á tenor de las órdenes que tenía sobre Dresde. Esta segunda división había defendido palmo á palmo la meseta de Berg-Gieshübel con notable aplomo en soldados apenas formados. Durante este tiempo la tercera división del mariscal Saint-Cyr observaba el otro desemboque, el que desde Tœplitz viene á pasar á Zinnwald, Altenberg y Dippoldiswalde, y finalmente la cuarta, situada á la derecha de este último punto y vigilando el camino real de Freyberg, servía de apoyo al general Pajol, que andaba á sablazos con las vanguardias de la caballería austriaca procedentes de los desemboques más lejanos.

Habiendo cambiado el mariscal Saint-Cyr el día 23 de agosto, según acaba de decirse, á su segunda división 42 del ejército la custodia de los dos fuertes de

Koenigstein y de Lilienstein y todos los puestos de las márgenes del Elba, á fin de impedir que el enemigo pasara de una orilla á otra, se replegó ordenadamente á Dresde, donde además de la guarnición se encontraban tres divisiones de infantería, la caballería de Lheritier y la de Pajol.

Estas fuerzas, apoyadas en obras de campaña y en las defensas de la ciudad, eran capaces de oponer una resistencia seria al enemigo, aun cuando contara ciento cincuenta mil hombres desde los primeros días y doscientos mil en los siguientes. Las tres divisiones del mariscal Saint-Cyr no debían tener menos de veintiuno á veintidós mil hombres (1).

De la guarnición se podían sacar cinco ó seis mil soldados, á la verdad alemanes algunos, para trasladarlos á la orilla izquierda, y bien podían juntar los generales Lheritier y Pajol unos cuatro mil caballos. Así el mariscal Saint-Cyr disponía de treinta y uno á treinta y dos mil hombres, con mucha artillería montada para ayudar á la artillería de posición. De consiguiente poseía medios para disputar la plaza al enemigo y dar tiempo á Napoleón de maniobrar en torno de ella como lo juzgara más útil al mayor bien de las operaciones.

Sobre tal estado de cosas fundó Napoleón sus cálculos al recibir en Górlitz el pormenor de lo acontecido á la parte de Dresde. No podía saber todo lo que acaba de ser expuesto acerca de los movimientos del enemigo, si bien por la presencia de masas considerables á espaldas de Dresde sabía que entre los diversos planes posibles habían escogido los coligados el consistente en rebasarlo, trasladándose á la orilla izquierda del Elba y bajando á Sajonia por Peterswalde. Habiendo previsto este movimiento como uno de los más verosímiles, había situado en Dresde, según se acaba de ver, con qué rechazar un primer ataque y con qué detener al grande ejército del príncipe de Schwartzberg algunos días al menos. Estos datos seguros le bastaban, é imaginó al punto una de las combinaciones más bellas y más formidables que brotaron jamás de su genio, y que si era ejecutada á tenor de sus miras, podía termi-

nar la guerra en un día solo con uno de los más terribles golpes que hubiese descargado nunca.

Napoleón volvía de Silesia precedido ó seguido por las masas más movibles de su ejército que hacía refluir hacia el Elba. Para rebasarlo el contrario había cruzado este río en el interior de Bohemia, al amparo de las montañas que separan su territorio del de Sajonia. Convenía castigarle de este movimiento temerario volviendo á pasar el Elba y echándose encima con masas abrumadoras. Dueño de los puentes de Dresde, podía Napoleón cruzar tranquilamente el río por este punto y acometer de frente á los coligados llevando consigo cien mil hombres y repelerlos violentamente hacia las montañas de donde eran venidos. Pero con aquel golpe de vista exclusivamente suyo, alcanzóse á Napoleón que había cosa mejor que poner por obra. En vez de desembocar de frente por Dresde, lo cual sólo diera margen á un ataque directo, resolvió remontarse á Koenigstein, que había ocupado de antemano, y abastecido y enlazado á la roca de Lilienstein por un puente de barcas, establecerse en Pirna, después de cruzar el Elba por aquel sitio, interceptar la calzada de Peterswalde, bajar en seguida sobre las espaldas del enemigo con ciento cuarenta mil hombres, empujarle sobre Dresde y cogerle de este modo entre el ejército francés y el Elba.

Si se lograba este plan extraordinario al par que sencillo, que una admirable previsión había hecho practicable, asegurándose de antemano de todos los pasos del Elba, y no se concibe lo que pudiera impedir que se lograra, cabía en lo posible que no quedase coalición al cabo de tres ó cuatro días, pues podían caer prisioneros sus ejércitos y sus soberanos.

Con el espíritu inflamado por la meditación de este plan apresuróse Napoleón á escribir en cifra á Mr. de Basano, para exponerle la formidable combinación recién ideada y recomendarle que la guardara profundamente secreta, al par que dispusiera á todo el mundo á coadyuvar á su logro, haciendo que se tuviera paciencia hasta que llegasen los socorros, pues iba á emplear dos días por lo menos en concentrarse en Koenigstein, en multiplicar allí los medios para facilitar el movimiento de los ciento cuarenta mil hombres que llevaba y en apostarse por último convenientemente sobre la calzada de Peterswalde. También escribió al mariscal Saint-Cyr á fin de trazarle una vez más todos los medios de defensa que presentaba la ciudad de Dresde, y fué el 25 de agosto á establecerse en Stolpen sobre la derecha del río, á igual distancia de Koenigstein y de la capital de Sajonia. Allí hizo refluir á cuantos abandonaron á Zittau para tomar la vuelta del Elba y á cuantos llegaban de las orillas del Bóber con el propio destino.

Establecido en Stolpen, dictó á tenor del nuevo plan todas sus disposiciones. Ya el cuerpo de Vandamme, fuerte de tres divisiones, se había replegado sobre Koenigstein á la primera aparición del grande ejército de los coligados. La mitad de una de sus divisiones, la del general Teste, se había esparrado á lo largo del Elba, de Koenigstein á Dresde, para impedir que el contrario tornara á pasar el río y mantenerle encerrado en la orilla izquierda. Napoleón dejó esta nueva división en su puesto y reforzólo con una numerosa caballería, ordenándola que impidiera el establecimiento de toda

(1) Con su espíritu por lo común poco indulgente y con el deseo de justificar su papel durante la campaña de 1813, ha presentado inexactamente el mariscal Saint-Cyr los sucesos de este año en sus Memorias, notabilísimas por otra parte. Su intento ha sido probar dondequiera que Napoleón no tenía plan alguno, que á nada había provisto y que en ninguna parte había fuerzas suficientes. Así supone que su segunda división tendría cinco mil hombres á lo sumo, lo cual reduciría á quince mil soldados las tres divisiones encargadas de la defensa de Dresde. Estos asertos son inexactos, porque las divisiones del mariscal se componían de doce batallones, y suponiendo que estos batallones, que aún no se habían batido, contasen no más que quinientos hombres cada uno, sumarían en totalidad seis mil hombres. Ahora bien: la división 42, segunda del mariscal Saint-Cyr, se halló á las órdenes del general Moutón-Duvernet el 29 por la mañana en Kulm con más de ocho mil hombres en batalla, lo cual resulta de una lista pasada el día mismo é inserta por el general Haxo en la relación circunstanciada sobre el lance de Kulm. No es, pues, admisible que las otras no contaran más de cinco mil hombres. No es exageración calcularlas en siete mil, y sobre todo al principio de las operaciones, lo cual supondría seiscientos hombres á cada batallón, poco más ó menos. De consiguiente, sólo en infantería de su cuerpo, y sin incluir la división dejada en Koenigstein, debió tener el mariscal Saint-Cyr veintiuno ó veintidós mil hombres sobre Dresde. (N. del A.)

clase de puentes. A Vandamme previno que con sus otras dos divisiones pasara por el puente echado entre Koenigstein y Lilienstein, y asaltara el campo de Pirna, bajo el cual había desfilado el enemigo sin ocuparlo con fuerza bastante, y lo señoreara, y allegara allí la primera división de Saint Cyr, la de Moutón-Duvernoy, dejada en Pirna, y fuera á ponerse á caballo sobre la calzada de Peterswalde. Así debía tener además de sus dos divisiones la mitad de la otra de Teste y la primera de Saint-Cyr. Para proporcionarle cuatro divisiones enteras tomó Napoleón al mariscal Víctor la brigada del príncipe de Reuss, y agregó á ella la caballería de Corbineau, lo cual componía un cuerpo de más de cuarenta mil hombres, treinta y seis mil de ellos de infantería y cerca de cinco mil de caballería. De seguida dispuso á toda su guardia y al mariscal Víctor vuelto de Zittau junto á Stolpen de modo de seguir al general Vandamme tan luego como se apoderara del campo de Pirna, aceleró la marcha del mariscal Marmont, é hizo reunir todas las barcas que se pudieron haber á las manos, para echar entre Koenigstein y Lilienstein dos puentes suplementarios. Establecidos éstos, con el general Vandamme, con Víctor, la guardia imperial y Marmont, debía tener bajo la mano ciento veinte mil hombres que lanzar sobre las espaldas del enemigo. Su proyecto consistía en repasar por Koenigstein el Elba, mientras enviaba á la caballería de Latour-Maubourg á repasarlo por Dresde con el fin de engañar al príncipe de Schwartzberg y de persuadirle que todo el ejército francés iba á desembocar por este último punto. Así tendría más de cuarenta mil hombres en Dresde y ciento veinte mil en Pirna, para formar el estuche dentro del cual quería coger al ejército coligado. Para estar más seguro de la custodia del Elba, de cuya corriente convenía hacer un obstáculo insuperable, no se contentó con la mitad de la división de Teste y con la caballería de Latour-Maubourg distribuidas entre Koenigstein y Dresde, sino que ordenó al mariscal Saint-Cyr que despachara la caballería de Lheritier y dos batallones de infantería para que fueran á guardar á Meissen, distante ocho leguas de Dresde, á fin de que cuando estuviera acorralado sobre esta ciudad el enemigo no encontrara paso por más abajo. Finalmente, habiendo reblandecido los caminos la lluvia, siendo difícil juntar barcas entre Koenigstein y Lilienstein y estando fatigadas las tropas, creyó Napoleón poderlas dar un día de descanso sin comprometer cosa alguna, pues todo parecía tranquilo en torno de la capital de Sajonia. Por tanto determinó que Vandamme no pasara el Elba entre Koenigstein y Lilienstein para asaltar el campo de Pirna hasta la caída de la tarde del 26 de agosto.

Desgraciadamente durante este tiempo se empezaban á turbar los ánimos en Dresde al ver cómo se desplegaban las masas del ejército coligado. Del 23 al 25 no se descubrió más que la primera columna, la que había seguido la calzada de Peterswalde. Se presentaron á su vez en los días siguientes las demás columnas, y las alturas de Dresde aparecieron cubiertas de tropas. No faltaba á esta reunión más que la última columna austriaca, la de Klenau, que habiendo marchado por Carlsbad y Zwickau, tenía que andar más largo camino para asomar encima de Dresde. Acudidos sobre el terreno

los consejeros de Alejandro, se dividieron en opiniones como de costumbre, y los más atrevidos, con el general Jomini á la cabeza, al ver las tres divisiones de Saint-Cyr en la llanura, aconsejaron caerles encima para entrar en Dresde detrás de ellas y destruir de un solo golpe todo nuestro establecimiento sobre el Elba. Sin duda era la proposición seductora, y consultado Moreau respondió con su habitual seguridad de juicio que se tendría razón en hacer esta tentativa si Saint-Cyr fuera capaz de aguardar al descubierto el choque de masas enormes, y si no tuviera nada á su espalda, ya en obras de defensa, ya en reservas de tropas, si bien, no siendo de suponer esto, sería grave exponerse á un revés al principio de las hostilidades. En medio de este conflicto, dijo el príncipe de Schwartzberg que en todo caso convenía dilatar un día la empresa por no haber llegado aún su cuarta columna. Al día siguiente 26 de agosto se remitió la adopción del mejor partido.

Esta acumulación sucesiva de tropas coligadas en torno de Dresde se descubría desde lo interior de la ciudad y causaba allí cierta especie de terror. Mensajes tras mensajes se dirigieron á Napoleón para estrecharle á acudir en persona al frente de todas sus reservas á fin de rechazar el tremendo ataque con que se sentían amenazados. En respuesta á tales instancias envió á Murat, quien después de un reconocimiento, en que estuvo á pique de caer prisionero, corroboró la presencia de un ejército muy numeroso, manifestando la intención de atacar á Dresde, y nada más pudo ver porque no conocía las defensas de la ciudad, ni tampoco era capaz de emitir un dictamen bien ilustrado sobre su valía. Cada vez más solícito Napoleón por acudir con socorros, y negándose á abandonar un plan del cual esperaba resultados inmensos, escribió al mariscal Saint-Cyr detallándole de nuevo sus medios defensivos, consistentes en un campo atrincherado compuesto de cinco reductos y vastos terraplenes, en el antiguo recinto de la ciudad rehecho por medio de un foso lleno de agua y de fuertes empalizadas, y por último en las barricadas construidas al emboque de todas las calles, y le dijo que tomado el campo atrincherado quedaba el recinto, después del recinto los emboques de las calles barreadas, y que treinta mil hombres bien mandados debían defenderse allí de seis á ocho días y hasta quince si eran muy resueltos. Un hombre menos hábil, si bien más adicto que el mariscal Saint-Cyr, prometiera defender la plaza mientras le quedara un soldado, y cumpliera su palabra, porque la salvación de Francia y su grandeza dependían en esta coyuntura de una resistencia tenaz de cuarenta y ocho horas. Por desgracia, temiendo el mariscal contraer compromisos temerarios, se contentó con escribir que haría cuanto estuviera de su parte, aunque no podía responder de nada en presencia de las masas enemigas de que se veía rodeado (1).

Quando ofrecía hacer cuanto estuviera de su parte, se

(1) Hasta ahora se han referido estos sucesos incompleta ó inexactamente, y con una lisonja ó una denigración respecto de Napoleón que han alterado la verdad. Jamás ha sido bien determinada su gran concepción, la de desembocar por Koenigstein, á causa de no conocerse su correspondencia. En esta correspondencia y en la atenta lectura de las órdenes y de las contestaciones se funda la relación que va á ser leída, y se puede contar con su cabal exactitud.

podía tener por seguro que cumpliría su promesa, y que en cuanto estuviera de su parte sería una defensa tan tenaz como inteligente. Pero tan grande era el interés de la conservación de Dresde, que descontento Napoleón de la reserva de este mariscal, hizo partir á su oficial de ordenanza Gourgaud á dicha ciudad con el encargo de verlo todo, de oír á todos y de tornar acto continuo al galope á fin de que pudiera tomar su resolución con perfecto conocimiento de causa.

El jefe de escuadrón Gourgaud, oficial bizarro y agudo, no tenía un juicio bastante frío para desempeñar bien semejante encargo. Cuando llegó á Dresde en el curso del día 25 de agosto se hallaban alarmadas la población y la corte. Hasta los mismos generales comenzaban á perder su sangre fría y por dondequiera reinaba la más viva ansiedad. En tropel se abandonaba por las gentes la ciudad principal, llamada ciudad vieja, que, hallándose situada á la margen izquierda del Elba, estaba expuesta á los ataques del enemigo, para dirigirse al arrabal de la orilla derecha, llamada ciudad nueva. Allí se prepararon los alojamientos del monarca y de Mr. de Basano: aun los mismos magistrados se trasladaron al propio sitio; y la población entera imitaba su ejemplo, sin saber dónde se hospedaría. Se comprende que esta infeliz población se espantara ante un ataque de doscientos mil hombres y de seiscientas bocas de fuego, y que deseando, como alemana que era, el triunfo de los coligados, no lo deseara al presente y pidiera el socorro de Napoleón á voz en grito. Propenso á turbarse el monarca y rodeado de una familia numerosa tan tímida como él, se encontraba especialmente poseído de susto. El mariscal Saint-Cyr y el general Durosnel, encargados de la defensa, uno como jefe del cuerpo 14, otro como gobernador de Dresde, acosados á preguntas por el oficial de ordenanza Gourgaud, no le parecieron convenientes de la fuerza de la posición y le hicieron un relato poco adecuado á tranquilizar á nadie. Este oficial, cuyo espíritu se inflamaba con facilidad suma, volvió á partir al galope la tarde del 25, llegó á Stolpen á las once de la noche, trazó la más viva pintura de los peligros que amenazaban á Dresde, hasta el punto de quebrantar el juicio de Napoleón habitualmente tan firme, y de hacerle olvidar las poderosas consideraciones que había presentado al mariscal Saint-Cyr por sí propio. Efectivamente, Napoleón no necesitaba más que dos días para bajar por Koenigstein sobre las espaldas del enemigo, y de todos modos no era posible que Dresde no resistiera dos días teniendo que oponer á los asaltadores el campo atrincherado, el recinto de la ciudad y las embocaduras de las calles fuertemente barreadas. Aun suponiendo que sucumbiera la ciudad nueva, situada á la orilla derecha del Elba, con tal de que se quemara el puente de madera la mayor parte, y que por tanto, siempre se hallaría el enemigo en un verdadero callejón sin salida, é indudablemente se le precipitaría á un abismo desembocando sobre sus espaldas. Sin embargo, el sacrificio de la ciudad vieja era cruel bajo el aspecto humanitario, fatal bajo el aspecto político, pues equivalía á hacer nuestra alianza muy funesta á Sajonia, y Napoleón no consideraba aceptable este recurso extremo de defenderse en la ciudad nueva. Por lo demás, aunque tuviera su plan muy en el alma y aunque ninguna otra combinación igualara su grandeza y sus resultados probables,

le quedaba una combinación distinta y fecunda también en consecuencias, y consistía en no lanzar por Koenigstein toda la masa de sus fuerzas sobre las espaldas del enemigo, sino tan sólo al general Vandamme con sus cuarenta mil hombres, y en desembocar directamente á la cabeza de cien mil sobre Dresde.

De positivo, dueño Vandamme del campo de Pirna, á caballo sobre la calzada de Peterswalde, cayendo sobre los coligados vencidos delante de la capital de Sajonia, les debía hacer sufrir enormes destrozos, pues cogería á todos los que trataran de pasar nuevamente por Peterswalde y arrollaría á los demás sobre caminos mal expedidos donde fuera muy difícil la retirada. Este nuevo plan sin duda presentaba menores ventajas, pero aún las prometía muy grandes y era menos aventurado, pues juntando Napoleón en Dresde cerca de cien mil hombres, salvaba la ciudad, le proporcionaba el medio de batir al enemigo bajo sus muros y además tenía á Vandamme emboscado en Koenigstein para completar la victoria y sacar sus últimas consecuencias. Así decidióse por este plan menos vasto, si bien más seguro, y de este modo, más audaz que nunca en política, lo fué menos que de costumbre en punto de guerra, debiendo suceder á la inversa, pues cuanta menos fuese la prudencia que en política había acreditado, mayor audacia debía ostentar en sus operaciones militares, habiéndose colocado en la necesidad de alcanzar triunfos inauditos ó de perecer sin remedio. ¡Pero singular contraste! Napoleón se mostraba personalmente desconfiado de la fortuna en el momento en que, negándose á la paz, le había entregado su existencia toda.

Abrazado su partido á media noche, con una celeridad que no le abandonaba nunca, dictó sus órdenes en un instante. A Dresde envió su vieja guardia llegada ya á las cercanías de Stolpen, la caballería de Latour-Maubourg llegada igualmente á este punto, la media división de Teste dejada á la orilla del Elba, y les recomendó que marcharan toda la noche para estar en Dresde á la punta del día, cruzar los puentes é irse á situar detrás del cuerpo del mariscal Saint-Cyr. Iguales instrucciones dió á la joven guardia y al mariscal Marmont, que aún estaban sobre el camino de Covenberg, y al mariscal Víctor, que había abandonado á Zittau con el fin de trasladarse á Koenigstein. Al mismo tiempo trazó al general Vandamme cuanto debía ejecutar al otro día. Con sus cuarenta mil hombres había de cruzar el puente echado sobre Lilienstein y Koenigstein de antemano, de desembocar sobre la orilla izquierda del Elba, de asaltar el campo de Pirna, de señorearlo y de atravesarse de por medio en el camino de Peterswalde. A estas instrucciones añadió el auxilio de un consejero de luces, el del general Haxo, á quien encargó que sirviera de guía y de mentor al bullicioso Vandamme. Expedidas las órdenes todas, tomó Napoleón algunas horas de descanso, y al asomar el día se encaminó al galope hacia Dresde. Allí estuvo á eso de las nueve de la mañana del 26 de agosto, primero de los dos días justamente célebres.

Al poco descubrió una batería, que desde la orilla derecha del Elba debía disparar, sobre la orilla izquierda menos elevada que la otra, á fin de apoyar la extremidad de la línea del mariscal Saint-Cyr. Dispuso que se reforzara y situara lo más ventajosamente posible, y luego entró en Dresde seguido por los bizzaros corace-